Ensayo

Carlos Retegui XXI

Image not found.

Capítulo 1

“Chicos, ¡levántense! El desayuno se sirve en media hora. ¡Hey! ¡Ya te perdiste el servicio de la mañana! "

Gruñí. Mis enormes tres horas de sueño no me habían servido bien. Me di la vuelta y vi a Andrés mirándome.

Él tenía el pelo oscuro, un tono amarillento de piel y ojos con una ligera inclinación horizontal: asiático. De hecho, todos en la sala eran asiáticos, excluyéndome a mí.

Al principio parecía una idea extraña, pero cuando mi amigo Alberto me invitó a un retiro anterior de la Iglesia China de Quito, seis meses antes de que me diera cuenta de que era mejor que mirar un monitor brillante todo el fin de semana.

Había tenido problemas para hacer amigos en la iglesia de mi familia; simplemente no eran el tipo de personas con las que encajo.

Los jóvenes en la iglesia de mis padres me parecían el estereotipo perfecto de adolescentes: sin ambición, solo preocupados por el momento y haciendo todo con el único propósito de encajar.

Temía ir a la iglesia todos los domingos: no quería convertirme en una de estas personas.

La iglesia china de Quito me ofreció un nuevo comienzo.

Quedé sorprendido en lo rápido que me asimilé al mundo social de la Iglesia china. Era la primera vez que me sentía "popular", así que, naturalmente, seguí regresando.

Era un ambiente maravilloso, un lugar donde podía adorar al Dios que amaba y disfrutar de la compañía de las personas que me parecían a mí, no externamente, sino internamente.

Mientras continuaba regresando a la iglesia china, muchos de mis amigos se burlaban de mí. Me llamaron "Twinkie al revés", un insulto racial que se refiere a las personas caucásicas que tienen la impresión de que son asiáticas.

Simplemente sonreí y jugué. Descubrí que me importaba cada vez menos lo que pensaban: había descubierto un lugar que amaba, un lugar al que pertenecía, y estaba feliz.

La razón por la que encajé tan bien con el grupo juvenil fue un poco oblicua al principio, pero finalmente se hizo evidente para mí. Son personas académicas, inteligentes; ellos aman a Dios y tienen un don para las computadoras, lo que también es una descripción perfecta de mí mismo.

Salí de la cama y me vestí. Me dolían las festividades de la noche anterior, nada como el partido de fútbol con mis amigos orientales, al que llamaron EL juego. EL. Con mayúsculas.

Sonreí para mí mismo mientras caminaba por los pasillos del campus con poca luz.

"Estoy en casa", pensé.